

á represalias dolorosas. El país insurrecto sacrificaba cuantos franceses podía, como si todo le fuera lícito en desagravio de los estragos de Córdoba. Ensañábase el paisaje con los que cogía prisioneros, y acabábalos con refinada crueldad, como lo hizo con el general de brigada René. Los vecinos de Santa Cruz de Mudela, donde Dupont había dejado sus almacenes, acometieron á los cuatrocientos soldados que los guardaban y acuchillaron muchos de ellos.

Distinguíronse los de Valdepeñas por el diabólico artificio que emplearon para destruir á seiscientos jinetes que llevaba el general Ligier-Belair y habían de pasar por aquella villa y su larguísima calle, continuacion de la calzada de Castilla á Andalucía. Cubrióla toda de barro y arena, colocando debajo agudos clavos y puntas de hierro, y de reja á reja de las casas ataron disimuladamente maromas, cerrando las entradas de las callejuelas. Al llegar la columna francesa á la población, penetró aceleradamente una descubierta por la calle así preparada. Los caballos comenzaron luego á clavarse y caer unos sobre otros arrojando á los jinetes, y sobre estos llovían desde las casas piedras, balas, ladrillos, y vasijas de agua hirviendo. Cupo igual suerte á los que en socorro de los primeros sucesivamente acudían, hasta que apercibido Ligier-Belair determinó penetrar en la villa por los costados, quemando casas, de que destruyó el fuego mas de ochenta, y degollando cuantos moradores encontraba. A vista de tal calamidad los vecinos principales, llevando al alcalde á su cabeza, presentáronse al general francés pidiendo tregua y capitulación. Unos y otros lo necesitaban, y así de comun acuerdo presentándose con enseñas blancas pusieron término á aquel estrago. No atreviéndose ya Belair á seguir adelante por temor de encontrar obstáculos parecidos, retrocedió á Madrid. Ya los franceses comprendieron que no podían andar en pequeñas partidas, y procuraban no moverse sino en gruesas columnas.

Nada sabía Dupont de lo que á su espalda estaba pasando, é incomunicado con Madrid, y receloso de lo que á las inmediaciones de Córdoba observaba, y sobre todo de las fuerzas que la junta de Sevilla estaba activamente preparando, resolvió replegarse sobre Andújar (19 de junio). Desde allí destacó una parte de sus fuerzas á Jaen, donde un comandante francés había sido asesinado. Ninguna resistencia opuso á aquella tropa la ciudad, y sin embargo fué saqueada y horrorosamente maltratada (20 de junio), no perdonando en su crueldad ni aun á los ancianos y enfermos religiosos de los conventos, que fué como una reproducción de las ferocidades ejecutadas en Córdoba.

Tal era el aspecto que presentaba la guerra cuando adoleció en Madrid el lugarteniente Murat, complicándosele con los cólicos unas rías y pertinaces intermitentes, de cuyas resultas quedó tan decaído que por expreso dictámen de los médicos tuvo que resignarse á pasar á Francia á tomar baños termales. La enfermedad de Murat, junto con las que se observaban en muchos soldados franceses, infundió en los de su nacion recelos de envenenamiento, y se hizo analizar detenidamente por profesores el vino de los despachos públicos á que principalmente se sospechaba poder atribuirse. Pero hecho el análisis, se encontró que las sustancias que entraban

que en objetos de valor para llenar sus mochilas....»—En esto último falta á la exactitud el historiador francés, puesto que registradas mas adelante en Cádiz las mochilas de aquellos soldados cuando estaban prisioneros, se hallaron en ellas multitud de alhajas cogidas en las casas, así como de vasos sagrados arrebatados de los templos.

«Bajaron (contintúa) á las bodegas abundantemente provistas de los mejores vinos de España, destaparon á culatazos las cubas é hicieron tal destroz, que algunos de ellos se ahogaron en el vino vertido de los toneles. Otros se embriagaban en tales términos que mancharon el brillo del ejército francés, arrojándose sobre las mujeres, y haciéndolas sufrir todo género de ultrajes.... Lo que allí ocurrió fué verdaderamente un espectáculo doloroso, el cual produjo las mas tristes consecuencias por el eco que hizo en España y en toda Europa.... Si una columna de tropas enemigas hubiera retrocedido en aquel instante á la ciudad, hubiera cogido á toda nuestra infantería dispersa, sumida en la embriaguez, y entregada al sueño ó á los excesos mas desenfundados, etc.»—Thiers, Historia del imperio, libro XXXI.

en su composicion no eran nocivas, y que lo que podía dañar á los franceses era el uso immoderado que hacían de los vinos fuertes y licorosos á que no estaban habituados; con lo cual se desvaneció una prevención que en todo caso tenia que ser infundada como opuesta á la nobleza del carácter español. Para reemplazar al gran duque de Berg nombró y envió Napoleón al general Savary, que llegó á Madrid el 15 de junio; nombramiento que disgustó á los franceses, y no satisfizo á los españoles. Las facultades con que vino eran bien irregulares y extrañas: aunque iguales á las del lugarteniente su antecesor, no le dió su título, y los decretos y despachos seguía firmándolos el general Belliard á nombre del gran duque de Berg como si se hallara presente. Esto no obstante, Savary se alojó en palacio haciendo ostentacion de autoridad, y acabó de fortificar el Retiro convirtiéndole en una verdadera ciudadela. No ocultó á Napoleón la verdad en cuanto á la situación de España, anunciándole que no era ya cuestion de reprimir descontentos y castigar revoltosos, sino de sostener una guerra formal con los ejércitos y otra de guerrillas con los paisanos. Y considerando comprometidos á Dupont y Monecy, pues que, incomunicados con la corte el uno en Andalucía y el otro en Valencia, se ignoraba su suerte, fué el primer cuidado de Savary enviar refuerzos á aquellos dos generales.

De los que fueron enviados á Monecy hablamos ya mas arriba; en socorro de Dupont partió de Toledo (19 de junio) el general Vedel con seis mil infantes, setecientos caballos y doce cañones. En el camino se le incorporaron los generales Roize y Ligier-Belair que estaban en la Mancha, con sus destacamentos. Sin contratiempo particular llegaron estas fuerzas á las estrechuras de Despeñaperros (20 de junio). Allí, en el sitio en que mas se angosta el camino formando una verdadera garganta las rocas, se había situado el teniente coronel don Pedro Valdecañas con buen número de paisanos y alguna tropa: había atajado la vía con peñas, ramas y troncos de árboles, y colocado detrás seis cañones: terrible parapeto si hubiera habido resolución y concierto para defenderle. Pero atacado en regla y con ímpetu por los franceses y asustados nuestros paisanos, forzaronle aquellos y abandonaron estos toda la artillería, pudiendo así continuar Vedel su marcha hasta unirse con Dupont, y hasta dejar atrás destacamentos que mantuvieran la comunicacion con Madrid. Aunque Napoleón deseaba que Dupont permaneciera en Andalucía, Savary, mas cerca del teatro de la guerra y con mas conocimiento de la situacion en que se encontraban los generales en cada punto, le aconsejaba que retrocediera, á cuyo fin y para apoyar su movimiento de retroceso hizo marchar sobre Manzanares la division de Gobert. Pero Dupont no quiso tampoco abandonar la Andalucía, y ordenó á Gobert que se le incorporase. Pronto veremos el resultado, glorioso para España, de aquella insistencia y de esta disposicion, que por ahora nos llama ya la atencion lo que estaba sucediendo en otra parte.

Dejamos en Castilla al general Cuesta refugiándose en Rioseco con los fugitivos de la derrota de Cabezon, recogiendo dispersos y reclutas, en cuya instruccion se ocupaba don José de Zayas. El ejército de Cuesta era demasiado endeble para batirse solo con el enemigo, y así pidió aquel general tropas á Asturias y Galicia. La junta de Asturias había querido que Cuesta abandonara las llanuras de Castilla y se pusiera al abrigo de las montañas de Leon; sentía por lo tanto desprenderse de sus fuerzas, mas no pudiendo desoirle envió el regimiento de Covadonga al mando de don Pedro Mendez de Vigo, y dispuso que otro cuerpo de mil hombres á las órdenes del mariscal de campo conde de Toreno pasara á Leon. La junta de Galicia temía tambien exponer sus medios de defensa al azar de una batalla fuera y lejos del país, y del mismo modo pensaba el general Blake, oriundo de Irlanda, que mandaba aquel ejército desde que reemplazó, de la manera que referimos en otra parte, al desgraciado Filangieri. Era don Joaquin Blake apreciado por su reputacion de honradez, de talento y de conocimientos militares. Acreditábase la posicion que con su ejército había tomado, la distribucion que de él había hecho, situándose en el puerto y sierra de Manzanal y Fucebadon, extendiendo su derecha hasta el Monte

Teleno que mira á Sanabria, y su izquierda por la Cepeda hácia Leon, cubriendo así el Vierzo y defendiendo las entradas principales de Galicia, y ocupándose activamente en instruir y adiestrar sus tropas antes de comprometerlas en un combate con los aguerridos ejércitos franceses. Aunque tenia Blake por muy inconveniente abandonar aquellas posiciones para avanzar á los llanos de Castilla como deseaba Cuesta, trazó no obstante su plan, por si la junta de Galicia accedia á las instancias de aquel. La junta, ya por no desairar al general castellano, ya por satisfacer la impaciencia de la multitud ignorante, que orgullosa con el número de las fuerzas ansiaba verlas venir á las manos con el enemigo, condescendió á sus deseos, aprobó el plan de Blake, y le dió la orden (1.º de julio) para emprender la marcha á Castilla, no sin hacerle en oficio reservado prevenciones importantes sobre la conducta que habría de seguir (1).

(1) Vamos á ilustrar este interesantísimo período de la guerra de la independencia con documentos hasta hoy desconocidos, de cuya importancia juzgarán nuestros lectores.

La orden primera de la junta decía: «El Reino instruido del oficio que Vuecencia le ha pasado por conducto del teniente coronel don José de Zayas con fecha 22 del pasado, conviene en que V. E. ejecute el plan que propone, cuidando siempre de cubrir el Reino y de replegarse á él en cualquier descalabro, y tambien de dejar alguna division en dicho Reino para atender á la quietud pública, recoger los alistados de las respectivas capitales que faltan, y ocurrir á algun accidente de enemigos que pueda acaecer. V. E. no necesita instrucciones militares por sus acreditados conocimientos, y solo el Reino le advierte: 1.º Que V. E. ha de mandar siempre con independencia el ejército de Galicia de que es jefe, aun cuando haga sus combinaciones con el general don Gregorio de la Cuesta, y lo 2.º que V. E. tenga particular cuidado con los traidores, porque habrá algunos que haciéndose en apariencia vasallos nobles de Fernando VII no lo sean en la realidad, sino muy adictos á los franceses, y de un equivocado concepto de las personas podrá resultar nuestra desgracia. En fin el Reino de Galicia tiene fiada su suerte á V. E., su honor y su espíritu, y espera que con el auxilio de la Providencia, que siempre protege las causas justas, será feliz su empresa. Coruña, 1.º de julio de 1808.»

Con la misma fecha pasó la Junta al general Cuesta el oficio siguiente: «El Reino de Galicia ha convenido en que el general en jefe de su ejército ejecute el plan que le propuso para auxiliar las ideas de V. E., esperando que los castellanos agradecidos darán al ejército de Galicia pan y vestido, quedando á cuenta de este Reino la paga de sus tropas. Sus pueblos han pedido que su mando se cometiese á don Joaquin Blake, por la confianza que les merece, el cual por lo mismo ha de mandarlas con independencia, sin perjuicio de acordar con V. E. las combinaciones que se consideren oportunas para el feliz éxito de las empresas, que espera el Reino serán felices con los auxilios de la Providencia, que siempre protege las causas justas.—Reino de Galicia 1.º de julio de 1808.—Excmo. Sr. don Gregorio de la Cuesta.»

El oficio reservado que apuntamos en el texto decía: «El reino contesta á los oficios de V. E. por si tal vez quiere examinarlos el general don Gregorio de la Cuesta, pero en particular y con la precisa reserva contempló preciso hacer á V. E. algunas reflexiones para que las tenga presentes en los procedimientos militares.—El general don Gregorio de la Cuesta será seguramente un buen español, y un hombre del mérito que V. E. contempla; pero en la realidad pudieran hacerse los mismos cargos que á todos los que mandaron las provincias de España.... Los mas de los generales que mandaban en las provincias de España fueron sacrificados por los pueblos, y al general Cuesta pudieran hacerse cargos muy graves: lo cierto es que este general no se ha decidido por Fernando VII sin embargo de las órdenes que expone tenia, hasta que en Valladolid le precisó á ejecutarlo amenazándole con la horca; y lo es tambien que si este general y los demás de España, el Consejo de Castilla y la Junta de Madrid hubieran desempeñado sus deberes, no nos hallaríamos en el estado en que nos hallamos, porque pudieron por la defensa de su patria y rey tratar con las ciudades y provincias, las que hoy de nadie tienen satisfaccion sino de aquellos jefes que ellas propias han elegido en nombre de su rey. El Reino solo confia de sus tropas y del general que las manda, repite que el general Cuesta será militar y un caballero muy digno de elogio, y sin oponerse á sus virtudes quisiera que las justificase con las experiencias... La proclama que V. E. ha dirigido al Reino publicada por el general Cuesta será leida en las provincias de España con mucho escrúpulo y mayor desconfianza: la Junta de cuatro á cinco personas en quien quiere reunir toda la autoridad suprema de España tendria los mismos frutos que la que se ha establecido en Madrid. Entonces cuatro ó cinco hombres pondrían á su arbitrio de la suerte de la nacion toda, y faltando por soborno, esperanza de premio ú otro motivo á sus obligaciones, quedaria la España esclava y entregada al yugo extranjero. Cuatro ó cinco hombres son fáciles de ganar, ó pueden equivocarse en sus juicios. España no conoce mas autoridad gene-

Companion el ejército de Blake, la vanguardia, mandada por el conde de Maceda, y cuatro divisiones á las órdenes del mariscal de campo don Felipe Jado Cagigal, de don Rafael Martinengo, del marqués de Portago, y del brigadier de la real armada don Francisco Riquelme, cuyas fuerzas ascendían á unos veintisiete mil infantes, treinta piezas de campaña, y solo ciento cincuenta caballos de distintos cuerpos. Dejó la segunda division en Manzanal, y con las otras tres tomó la direccion de Castilla, adelantándose él á Benavente para conferenciar con Cuesta y combinar las operaciones. Constaba el llamado ejército de Castilla de siete cuerpos ó batallones, de á mil hombres cada uno, casi todos de nueva leva, con mil setecientos carabineros, unos cien caballos útiles del regimiento de la Reina y algunos guardias de corps. Hallábase este cuerpo en Rioseco, y á este punto se dirigió, en virtud de lo acordado, el ejército de Galicia, en número de quince mil hombres, por haber quedado en Benavente la tercera division, que constaba de cinco mil. No obstante ser mayores y mas que dobles en número las fuerzas que llevaba Blake, á pesar de las prevenciones de la junta de Galicia para que obrara con independencia sin desprenderse del mando en jefe de su ejército, y aunque no le agradaban ni el plan ni muchas de las ideas de Cuesta, tomó este el mando superior con general mas antiguo y de mas años, siendo la arrogancia y tenacidad del uno y la condescendencia del otro origen de la desgracia que veremos pronto sobrevenir.

Al encuentro de los generales españoles había salido de Burgos el mariscal Bessieres (12 de julio), con la division Merle completa, con la mitad de la de Mouton, y con la division Lassalle, que componian un total de mas de diez y seis mil infantes y mas de mil y quinientos caballos; soldados muchos de ellos veteranos, y de los que habían combatido en Austerlitz y en Friedland. Sobre haber tenido Cuesta, no escarmetado con el desastre de Cabezon, el temerario empeño de desafiar las aguerridas huestes imperiales con tropas en su mayor parte nuevas é indisciplinadas en las planicies de Castilla, y con escasa caballería, y haber arrastrado á ello contra su dictámen y voluntad al honrado y entendido general Blake, sobre haberse engañado en creer que los enemigos venían á atacarle por el camino de Valladolid, cuando en la tarde del 13 recibió aviso de que los franceses se dirigían y aproximaban por el de Palencia, recibió con desden al mensajero, y poco faltó para que se mofara de él. Sin embargo hubo de inclinarse á creerle, y avisó á Blake, el cual inmediatamente movió sus tropas de Castromonte, Villabrájima, la Mudarra y otros pueblos en que las tenia acantonadas, y aquella misma noche las trasladó á Rioseco, donde no hallaron ni raciones, ni agua, ni prevención ni disposicion alguna para su recibimiento. Partió no obstante aquella misma noche Blake á tomar las avenidas de Palacios, por donde en efecto venían las imperiales, subiendo varios cuerpos de aquel á las altas horas de la noche al páramo de Valdecuevas y tomando en él posicion: todo esto en tanto que

ral suprema que la de las Cortes ó Estados: estos se componen de representantes de todas sus provincias, que siempre son fieles á sus reyes, porque tienen mayorazgos propios y regularmente unos nacimientos distinguidos, con otras circunstancias que los ligan para mirar su patria y su rey como el primer objeto de sus atenciones. Los reinos formaron los ejércitos y eligieron los generales; cada uno representó y representa la soberanía por su parte, ínterin no se forman las cortes para establecer la soberanía unida... Todas estas especies y reflexiones quiere el Reino que V. E. las tenga presentes para proceder con el preciso conocimiento y con la cautela necesaria, sin confiarse demasiado del general Cuesta ni de otro alguno, á fin de evitar un peligro que nos destruya. V. E. es demasiado noble y caballero; el Reino lo tiene ya reconocido; pero V. E. debe acordarse que no conviene la mucha confianza, que nunca sobra la precaucion, y que los que piensan como hombres de bien son los engañados regularmente.—Del ejército de Galicia es V. E. jefe; sus operaciones, aun cuando sean combinadas con las del general Cuesta, han de ser siempre conservando V. E. su autoridad y el mando en jefe de sus tropas, sin sujecion ni dependencia, cuidando de replegarse hácia Galicia en caso de una desgracia...»

Noticias históricas de la vida del general Blake, recopiladas por su hijo político don José María Roman, coronel de ingenieros; manuscritas é inéditas.

Cuesta descansaba, si hemos de creer la relacion que un testigo de vista dejó escrita (1), no poniendo el pié en el estribo hasta clarear el día 14, cuando ya habia el fuego empezado y se hallaba empeñado el combate.

Hacer una detenida y minuciosa descripción de este, ni nos cumple, ni es compatible con la índole de nuestra obra. Diremos, sí, que el llano y descampado en forma de meseta llamado Campos de Monclin, que media entre Rioseco y Palacios, en que acamparon nuestras tropas, no era posición favorable para resistir á un enemigo cuya caballería era por lo menos cuádruple de la nuestra. Que el punto en que se situó Cuesta, á espaldas y á considerable distancia de Blake, como si fuesen dos ejércitos distintos, ya fuese por error, ya por celos, ya con otro cualquier propósito, que á muchos juicios dió lugar su extraña conducta, favoreció á Bessieres para procurar interponerse, como lo hizo, entre los dos generales, para lo cual le proporcionaba sobrado espacio la distancia. Por lo demás la izquierda y centro de Blake resistieron valerosamente las primeras acometidas de las brigadas Merle y Sabathier, junto con los escuadrones de Lassalle, y no es maravilla que tropas tan aguerridas hicieran al cabo cejar y desordenarse nuestra izquierda. Lo peor fué el haberse interpuesto Mouton con sus veteranos entre los dos separados trozos del ejército español. Aun así, una parte de nuestra infantería, favorecida por una brillantísima carga que dieron los carabineros reales y guardias de corps, arremetió con tal ímpetu que logró apoderarse de una de las baterías francesas, causando tal espanto en el enemigo, que por un momento se creyó nuestra la victoria (2). Pero duró muy poco esta persuasión y aquella ventaja. La columna de granaderos y de reclutas con que habia contado Blake para la defensa de la segunda línea no correspondió á los deseos de aquel general, y se dejó envolver, aumentando el desorden. Merle revolvió sobre la cuarta división, y subiendo gran golpe de caballería enemiga sobre la altura de la meseta, todo lo atropellaron y desordenaron, cundiendo el terror en los nuestros, y cebándose en ellos en aquella inmensa llanura los sables de los jinetes franceses, vendiendo no obstante caras sus vidas algunos jefes y oficiales, siendo de los que murieron con gloria el ilustre conde de Maceda, general de la vanguardia. No era dable que Cuesta, combatido ya por Mouton y atacado despues por Merle, resistiera con su segundo cuerpo, bisoño y mal colocado, y así fué mucho más fácilmente desordenado y deshecho que el de Blake, retirándose ambos generales, á menos distancia material que lo que estaban sus voluntades y sus ánimos. Los caminos y campos de Villalpando y Mayorga se llenaron de dispersos que huían poseídos de espanto.

Algunos soldados que continuaron batiéndose en retirada hasta Rioseco penetraron por la calle de la Cárcel Vieja y se refugiaron en el hospital de San Juan de Dios. Los franceses que los perseguían, al llegar á la Plaza mayor desplegaron una ferocidad inaudita contra una población indefensa y que no los habia ofendido, tratándola con más rigor, si cabe, que una plaza conquistada. Vecinos pacíficos fueron inmolados en sus hogares, religiosos en sus conventos (3), enfermos en el lecho del dolor, sin perdonar la brutalidad ni aun á las vírgenes del claustro paralíticas ó ancianas. Horrible fué también

(1) El caballero don Ventura García de Fonseca, vecino de Rioseco; cuyo escrito, cuidadosamente conservado, sirvió á su descendiente el malogrado don Ventura García Escobar, con quien nos unieron amistosas relaciones, para escribir una historia de aquella célebre y desgraciada batalla, con una exacta y minuciosa descripción de los sitios y lugares de la acción; tenemos delante este opúsculo, que no ha visto la luz pública, y en que se rectifican algunos incidentes del combate, no bien contados en las historias conocidas; parecen sin embargo que aumenta las fuerzas enemigas y disminuye las nuestras; al menos nosotros no hemos hallado datos en que fundarnos para poder alterar el número de unas y otras que damos en el texto.

(2) Las mismas historias francesas ensalzan aquel arranque de arrojo de los nuestros, califican de brillante la carga que dió la caballería, y dicen que la infantería española se dió á gritar ¡viva el rey! creyendo ya suyo el triunfo.

(3) Los de San Francisco, desde cuyas ventanas se dijo que se les habia hecho fuego, fueron casi todos pasados á cuchillo.

el saqueo de templos, casas y tiendas, y hasta los transeuntes eran despojados de sus ropas en las calles, cometiendo además todo género de demasías, excesos y profanaciones (4). Inicia crudeza que no merecía aquella desventurada ciudad, y medio más propio para provocar la ira de aquellos mismos pueblos á quienes querían imponer un rey de su nación.

Nuestra pérdida en la desgraciada jornada de Rioseco, aunque evidentemente exagerada en el parte de Bessieres que se publicó en la *Gaceta* de Madrid (5), fué sin duda lastimosa y muy considerable, como tenia que serlo en el hecho de haber sufrido una infantería fugitiva la persecución de una caballería numerosa y vencedora por una extensa explanada. Trece piezas de artillería quedaron en poder del enemigo, despues de haber hecho gran destrozo en sus filas. Así la pérdida de los franceses fué también grande: murió en el campo el general D'Armagnac, y de dos regimientos de caballería, el 10 y el 22, perecieron dos jefes y casi todos los oficiales: todavía desde Mayorga enviaron á Palencia muchos heridos (6). Sangrienta jornada la llamaron ellos, y la llaman sus historiadores (7), y la verdad es que, aunque funesta para nosotros, fué admirable el arrojo y el tesón con que se batieron unas tropas que llevaban contados días de instrucción, y se presentaban por primera vez delante de las legiones imperiales, casi sin caballería, y en posiciones desventajosas y fatalmente elegidas. El ilustre Blake llenó cumplidamente sus deberes, peleó siempre en vanguardia, perdió uno de sus caballos, y sostuvo el honor de la bandera española. ¡Ojalá hubiera podido decirse otro tanto de Cuesta, á quien no sin razón fué atribuido aquel desastre, comenzando por el ciego y temerario empeño de batir las terribles huestes de Napoleón en los llanos de Castilla con tropas bisoñas y colecticias, desprovistas de caballería además, siguiendo por la malhadada elección de sitio para el combate, continuando por su inacción la víspera y hasta el momento de la lid, y concluyendo por la desgraciada colocación de su cuerpo de ejército y por sus desacuerdos con el general del de Galicia, conjunto fatal de errores que no podia traer sino un desastroso remate!

Cuesta se retiró á Leon, á cuya ciudad llegó en pos de él Bessieres (17 de julio), teniendo que abandonarla de noche el general castellano para retirarse hácia Salamanca, y quedando el francés dueño de la tierra llana. Blake tomó la dirección de Benavente, no solo por el apoyo que encontraba en la tercera división que habia dejado allí, sino con ánimo de proseguir por Astorga á replegarse detrás de las montañas en sus antiguas posiciones de Fuencebado y Manzanal, para defender la entrada de Galicia, reorganizar su ejército y aumentarle con los refuerzos que de aquel reino le serían enviados, y estas eran también las instrucciones de la junta (8). Todavía Cues-

(4) «Cargaron en carros, dice García de Fonseca, todas las alhajas de iglesias y conventos, vestiduras sagradas y copones, arrojando indignamente las sagradas formas, mutilaron las santas imágenes, profanaron las iglesias con toda clase de obscenidades, llegando á tanto que en la pila bautismal de la parroquia de Santa Cruz dieron agua á los caballos; es imposible referir el pomenor de los sacrilegios, irreverencias y atentados que cometieron en los templos, dejándolos tan inmundos que el día que marcharon no hubo con qué decir misa. El saqueo de las casas y comercios fué tan completo, que los vecinos no tienen absolutamente con qué cubrir sus carnes; nada han dejado en el pueblo, llevándose el botín en los carros y mulas de los labradores para imposibilitar de esta suerte la recolección de frutos que tienen pendiente, de forma que pasa de cuarenta millones la pérdida.»—Relación MS.

(5) Decía entre otras cosas que solo el general Lassalle con la caballería ligera habia acuchillado cinco mil españoles.

(6) No determinamos las pérdidas de una y otra parte, porque nos ha sido imposible averiguarlas con exactitud, ni concertar los contradictorios y á nuestro juicio apasionados cálculos que hemos visto en los partes oficiales y en las historias y relaciones francesas y españolas, impresas y manuscritas. Creemos desde luego que la nuestra fué bastante mayor, y no nos parece exagerada la cifra que algunos indican de cerca de cinco mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

(7) Pueden verse Foy y Thiers.

(8) Es notable y digna de ser conocida la primera comunicación de la junta de Galicia á Blake despues de la batalla de Rioseco.

«El Reino se ha instruido (le decía) del oficio de V. E., y siente como debe la desgracia de nuestras tropas; pero el mal ya no tiene más remedio que el que V. E. indica. Si V. E. vuelve á leer lo que le expuso en su

ta, no escarmentado con los desastres de Cabezon y de Rioseco, persistía en comprometer á Blake á que no se retirara de Castilla, hasta el punto de amenazarle con que respondería ante el rey y la nación de las consecuencias, y aun logró arrastrar al coronel del provincial de Valladolid, que abandonó la tercera división, dando lugar con su ejemplo á la indisciplina. Blake, sin embargo, desoyendo esta vez las sugestiones del general veterano, continuó su marcha hasta el Vierzo, donde tuvo que resistir con firmeza á tentaciones de otra índole.

Vinieron estas de parte del mariscal francés, el cual, á vueltas de razones especiosas que empleó para persuadirle, intentó quebrantar su lealtad, haciéndole proposiciones ventajosas para ver de atraer á su partido al general español y las tropas de su mando. Desechólas Blake con noble energía; repitió Bessieres sus instancias, y por último le propuso una entrevista. El leal caudillo se negó abiertamente á celebrarla, é inquebrantable en su fidelidad, contestó á la nueva excitación con la misma dignidad que la vez primera (1). Esta correspondencia es uno de los episodios de la vida de Blake que más le honran; la junta de Galicia comprendió que no en vano habia depositado en él su confianza, y recompensó su entereza añadiendo á su título de general en jefe del ejército de Galicia el de gobernador capitán general del reino y presidente de su audiencia.

Como la batalla de Rioseco se dió el tiempo que el intruso José Bonaparte hacia su viaje á Madrid para instalarse en el trono español, Napoleón dió una gran importancia á aquel triunfo, comparólo con el de Villaviciosa que en el siglo anterior habia asegurado la corona en las sienes del nieto de Luis XIV, y exclamó: «La jornada de Rioseco ha colocado en el trono de España á mi hermano José;» y partió de Bayona para París satisfecho con tan agradable nueva.

Por fortuna para España, si en Castilla se habia sufrido un descalabro, otra estrella muy diferente alumbraba á las armas españolas en la región del Mediodía. Dejamos atrás al general francés Dupont acantonado en Andújar, y reforzado con las tropas de Vedel, Ligier-Belair y Gobert. El general Castaños, á cuyo mando se habian puesto todas las fuerzas regulares españolas de ambas Andalucías, así como la multitud de paisanos voluntarios que cuidó de instruir, organizar y discipli-

oficio reservado, quedará satisfecho en esta primera experiencia de que los hombres de bien son los engañados, y que exigen mucha cautela las operaciones de que pende la suerte de una nación. V. E. dice en su oficio que halló más fuerzas de infantería y caballería en los enemigos de las que pensaba, deduciéndose de esto que á V. E. se le hizo creer que eran pocas y despreciables, y que bajo este concepto ha salido de su campamento para un auxilio que siempre pronosticó el Reino formaría su desgracia. En el actual estado es preciso que V. E. se replegue y atrincherare en un punto ó situación que cubra á Galicia, presente un ataque dificultoso y en donde no pueda obrar la caballería, para organizar de nuevo el ejército de su mando, á cuyo efecto el Reino despacha las órdenes conducentes para que salgan inmediatamente el regimiento de estudiantes, el de milicias de Pontevedra, y el batallón de la Victoria, como igualmente todos los conscriptos que haya en las provincias de Lugo y Orense, con el número de fusiles que puedan proporcionarse al pronto, siguiendo los mas que se vayan alistando. V. E. cuide de la seguridad de Galicia; ponga su ejército en un estado respetable, que despues podrá combinar alguna operación interesante con la seguridad de buen éxito. La guerra tiene accidentes; los buenos soldados no se desalientan con una desgracia, y solo debe serles sensible que la confianza y la hombría de bien fuera tal vez causa de un mal suceso. El Reino espera de día en día recibir dinero y tropa de los ingleses, que retardan los vientos contrarios, y no omitirá diligencia ni medio posible para la necesidad de las tropas y felicidad de sus operaciones.—Reino de Galicia, etc.—Excmo. Sr. don Joaquín Blake.»—Roman, Noticias históricas, MS.

(1) Toreno dice que concluyeron los tratos con una carta de Blake demasadamente vanagloriosa, y una respuesta de su contrario atropellada y en que se pintaba el enfado y despecho.—Tenemos á la vista copia exacta de esta correspondencia, y en verdad nada encontramos en las cartas de Blake que se pueda calificar de vanaglorioso, ni vemos en ellas una sola idea ó frase que no sea atenta y digna.—Acaso se refiera á otra que escribió despues de la batalla de Bailen.—La respuesta atropellada de Bessieres no la hemos visto tampoco, ni sabemos si existe, pues ni se halla en esta correspondencia, ni la inserta Toreno en el apéndice á que hace remisión.

nar, habia podido á últimos de junio pasar revista á un ejército de veinticinco mil infantes y dos mil caballos, comprendidos los cuerpos volantes y partidas que acaudillaban don Juan de la Cruz, don Pedro Valdecañas y don Pedro Agustín de Echavarrí, el que habia peleado ya en el puente de Alcolea. Habia distribuido el ejército en tres divisiones con un cuerpo de reserva: la primera de seis mil hombres con la gente de Granada á cargo de don Teodoro Reding, suizo al servicio de España, militar valeroso y entendido; la segunda de igual fuerza, á las órdenes del marqués de Coupigny, antiguo oficial de guardias walonas; la tercera regida por el anciano irlandés don Félix Jones, que debia obrar unida á la reserva capitaneada por don Manuel de la Peña, fuerte de diez mil hombres. Aunque la base de todas eran tropas de línea, entraban también paisanos armados, en general no uniformados todavía, pero que ya habian recibido alguna instrucción. Desde 1.º de julio habian avanzado las tropas españolas por la orilla izquierda del Guadalquivir hácia los puntos ocupados por Dupont; y como habia un general deseo en el pueblo, y una impaciencia de que participaban los soldados, de llegar pronto á las manos con el enemigo, juntáronse en Porcuna los jefes en consejo (11 de julio) para acordar el plan de ataque. Redújose este á que Reding cruzara el Guadalquivir por Menjíbar dirigiéndose sobre Bailen, sosteniéndole Coupigny que debería pasar el río por Villanueva. Que entre tanto Castaños con la tercera división y la reserva atacara de frente á Dupont en Andújar, mientras Cruz con las tropas ligeras pasara el puente de Marmolejo para caer sobre la derecha del enemigo.

De inconveniente y comprometida censuran los entendidos en el arte de la guerra la posición de Dupont en Andújar, debiendo haberse limitado á la defensa de Sierra-Morena, manteniendo las comunicaciones con Madrid, recibiendo cuantos refuerzos y víveres necesitara, y viendo venir el ejército español. Falta de provisiones su gente, evió á buscarlas á Jaén, á cuyo fin destacó al general de brigada Cassagne, de la división de Vedel, con cuatro batallones. Pero mejor defendida ahora aquella ciudad que la vez primera por el regimiento de suizos de Reding y por los voluntarios de Granada, libértose de otro saqueo rechazando despues de varios reencuentros al francés, cuya retirada á Bailen deseaba ya Dupont, receloso del movimiento de Castaños. También llamó á Andújar una de las brigadas de Bailen; el general Vedel pasó á reforzarle, no con una brigada, sino con toda la división, dejando solo á Ligier-Belair con mil trescientos hombres para guardar el paso de Menjíbar y contener á Reding. No tardó este en presentarse con sus suizos y la gente de Granada (16 de julio), y en tanto que Ligier-Belair se preparaba á rechazarle, vióse sorprendido y envuelto por parte de las fuerzas españolas que habian cruzado el río por el vado del Rincon, teniéndose por dichoso de poder retirarse á Bailen, de donde en mal hora salió á protegerle el general Gobert, puesto que perdió la vida en el combate que sostuvo hasta las once de la mañana el jefe de brigada Dufour que le sucedió. Reding, muy prudente, no se empeñó en la persecución: lo que hizo fué retroceder y reparar el río, para dar lugar á que se le incorporara Coupigny.

Salíole felizmente esta maniobra. Creyendo Ligier-Belair y Dufour que se habia corrido á la derecha y que iría á proteger á don Pedro Valdecañas que con su cuerpo volante habia sorprendido un destacamento francés, y recelando que juntos se apoderaran de los pasos de la Sierra, dejaron á Bailen y marcharon á Guarroman, tres leguas en aquella dirección. Asustado por otra parte Dupont con el descalabro de Menjíbar, con las noticias que entonces recibía de Valencia y con la proximidad de Castaños, ordenó á Vedel que volviera á ocupar á Bailen: hizolo este así, mas como allí recelase que Ligier y Dufour pudieran ser atacados, siguió adelante hasta reunirse con ellos, y juntos avanzaron á la Carolina y Santa Elena. Este inoportuno movimiento proporcionó á Reding ocasión para reparar el río, é incorporado ya con Coupigny lanzarse sobre Bailen (18 de julio), con ánimo resuelto de volver sobre Andújar, y coger á Dupont aislado entre sus divisiones y las de Castaños que estaban en los Visos. Pero el